

7 DE DICIEMBRE DE 2019

**INSTITUCIÓN DEL SANTUARIO DIOCESANO  
ROSA MÍSTICA – MADRE DE LA IGLESIA**

Fontanelle

En esta vigilia de la Solemnidad de la Inmaculada Concepción, a la luz resplandeciente de su misterio de gracia y de gloria, tenemos la alegría de comenzar aquí, en este lugar, profundamente agradecidos a Dios, un nuevo tramo de camino. Con esta celebración y el decreto que se ha proclamado, hoy constituimos aquí, en Fontanelle, el santuario diocesano de María Rosa Mística y Madre de la Iglesia.

Al llevar a cabo este acto solemne, en verdad entramos en un surco abierto por aquellos que nos han precedido, de la gran multitud de quienes hasta hoy han orado con fe en este lugar y han abierto sus corazones a la acción del Espíritu Santo, capaz de convertir y de regenerar en la vida de fe. Y también nos sentimos en comunión con los miles de personas que en el mundo se dirigen a la Santísima Virgen María invocándola como Rosa Mística y Madre de la Iglesia, inspirándose en este lugar y en los acontecimientos que están vinculados a él.

Consolados por el apoyo de la Santa Sede y en plena comunión con el Sumo Pontífice Francisco, tenemos la alegría de dedicar este santuario a la Madre del Señor, reconociendo en ella la verdad plena que expresan estas dos sugerentes cualificaciones.

*Rosa mística*, flor de gracia en la que la belleza de la redención encuentra una manifestación privilegiada y singular; flor de ternura, en la que los pétalos forman un abrazo que se estrecha alrededor de un núcleo secreto, custodiado en su preciosa belleza; flor que es un símbolo de la Iglesia misma, comunión de los santos que mana como una fuente del costado de Cristo crucificado, en el poder del Espíritu Santo. Y cómo no recordar en esta perspectiva la admirable visión que encontramos en el último canto del Paraíso de la Divina Comedia, donde San Bernardo, el místico que acompaña a Dante en el último tramo de su camino, ante la Virgen que se muestra en su esplendorosa belleza, pensando en el misterio de la encarnación en que la ha visto de protagonista, dice de ella: “*En tu vientre prendió el amor, a cuyo calor en la eterna paz ha germinado así esta flor*”. La flor germinada por el calor del amor de

Cristo en la obra de la redención es la rosa de los bienaventurados, es decir, toda la Iglesia en el esplendor de su santidad.

Así, la calificación de la Virgen como Rosa Mística se une bien a la de *Madre de la Iglesia*. Junto con ella, flor de la Gracia, también los discípulos del Señor, sus hermanos en la fe, forman el pueblo santo de Dios, se convierten en testigos del Evangelio, anuncian la belleza del Reino de Dios, difunden el buen aroma de Cristo en el mundo. Y la Madre de Jesús, el Dios con nosotros, también se convierte en la Madre de la Iglesia: la hace partícipe de su fuerza generativa, la defiende del mal, la sostiene en el camino de la conversión, la consuela en las pruebas, la santifica en la verdad, la anima a la misión.

Me gustaría que a esta luz se mirara este santuario que hoy constituimos. En la estela de lo visto hasta ahora, se convierte cada vez más en un lugar donde sentir el poder de la gracia que dimana de la fe en Cristo Jesús y de la devoción a su santa Madre.

Que sea un lugar en el que crecer como Iglesia y en el que orar por la Iglesia. El agua de este manantial nos recuerda el Bautismo que todo cristiano ha recibido, nos recuerda la gran necesidad que tiene hoy la Iglesia de regresar a la esencia de su realidad, a su santidad, a la experiencia de gracia en el poder del Espíritu Santo.

Que este santuario sea un lugar donde vivir siempre más intensamente la belleza de pertenecer a la Iglesia del Señor, pueblo redimido por su sangre, sacerdocio real y nación santa.

Que sea el lugar en el que experimentar en la oración y celebración de los Sacramentos el poder divino de la conversión, el renacimiento, la salvación, pero también el consuelo y la esperanza. Junto con la oración, aquí se cultiva la conciencia del valor de la penitencia y del sacrificio: de la ofrenda amorosa y diaria de la propia vida en comunión con Cristo Redentor y de la penitencia como estilo de vida, capaz de contrarrestar una mundanidad que extingue la alegría de los corazones.

Que sea también un lugar para elevar la oración de intercesión, en comunión con la Santa Madre de Dios, Rosa Mística y Madre de la Iglesia. Que se ore en este santuario por la santidad de toda la Iglesia, pero especialmente por sus ministros, por aquellos a quienes el Señor ha llamado a una vida de consagración. Que se pida para ellos la gracia de la santidad, que se invoque para ellos el don un testimonio claro y gozoso, que se pida perdón por toda su culpa y por el mal que han hecho al cuerpo

místico de la Iglesia. Que se pida a la Santísima Virgen María que preserve, acompañe y sostenga a todos los consagrados y consagradas en su noble misión de anunciar el Evangelio.

Y mientras decimos todo esto, no podemos dejar de pensar en el testimonio de Pierina Gilli. Este lugar está ligado a ella y obtiene su espiritualidad de su singular experiencia. En su solicitud materna, la Iglesia está llamada a escuchar las señales del Espíritu. Los tiempos y las formas del discernimiento espiritual recobran un diseño providencial, cuyos contornos a menudo escapan a nuestra clara visión. Así pues, permanecemos abiertos a la voluntad del Señor y continuamos este discernimiento acerca de los acontecimientos acaecidos en este lugar. Nos consuela la plena comunión entre nuestra diócesis y la Santa Sede, en el deseo común de interpretar con verdad la extraordinaria experiencia vivida por Pierina Gilli en gran humildad y con fe sincera. La Santísima Virgen María también velará por este camino que continúa.

A la Santa Madre del Señor, Rosa Mística y Madre de la Iglesia, confiamos este santuario. Le pedimos que lo haga cada vez más un lugar de gracia. Esperamos de ella todo bien para nuestra Iglesia diocesana y para toda la Iglesia.

+ Pierantonio Tremolada